

MENDÉ



JULIANA
o las vicisitudes del fuego

JULIANA

(o las vicisitudes del fuego)

Por Ale Mendé

Copyright

Juliana (o las vicisitudes del fuego)

© 2026, *Alejandra Mendé*

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Ora de Tapa



Título: EL TRIÁNGULO ARNOLFINI

Autor: Eduardo Torassa

Técnica: Óleo sobre tela



Al entrañable
Eduardo Torassa

CAPÍTULO I

EL NAUFRÁGIO

Todos aquellos que llegan con los botes a la playa y aún, los que todavía buscan la orilla a remo batiente, ven arder la nave como quién observa la disolución de una parte de su vida. Aquellas maderas encendidas con breas y aceites, iluminan la noche duplicando la luz de la luna amarilla posada sobre la oscuridad del mar.

Durante largos meses, aquella carcaza ahora convertida en fuego había sido lo más parecido a un hogar. Un único resguardo en medio de los caprichos del océano que los dejaba a merced de aquellos largos días de quietud, o de fuertes tempestades con vientos y violencias de todo tipo. Cualquier recuerdo anida en ese fuego inmediato. Ese barco que los llevaba como vientre por la inmensidad, ahora se convierte en un único resplandor, cada vez más leve, hasta ser apenas cenizas y leños parciales tragados por el oleaje.

Los ojos huérfanos, fijos en la nodriza de madera que los había cuidado y sobre la que los brazos habían forcejeado para extender velas y horizontes, no pueden apartarse de aquella luz del último adiós.

No hay regreso. Toda la tierra está por delante. Sin embargo, les es imposible dejar de mirar hacia atrás y así lo hacen, hasta las últimas manifestaciones de la extinción.

Ahí están, sobreviviendo a la peste y al obligado naufragio, pisando las blanduras de la arena infinita. Todo queda atrás. Días y noches de severa jornada toman el corredor del pasado por dónde transitan al fin, los elementos vigorosos del recuerdo.

Y entre los bultos que bajan de los botes, uno de los hombres carga una cabra flaca, casi inerte, con las patas atadas y los ojos vidriosos. Nadie sabe si llegará viva al amanecer. Pero está. Su respiración apenas visible es la única promesa de leche en esa costa.]

Alguno de ellos, carga un madero atizonado y húmedo como blasón de esa historia, pero el capitán prohíbe que lleven consigo alguna cosa que fuera parte del barco. Incluso los botes en los que llegan a tierra son pulverizados en la fogata que les

calienta el cuerpo y les seca las ropas antes del amanecer. Tienen todavía las narices impregnadas de la disentería a bordo. Por eso no sienten lo que cualquier cristiano, el olor de la brea, de los aceites y resinas incandescentes mezclado con el de las algas y los pescados de la costa. La quema es un acto de purificación. Así lo ve Lucio, el capitán, y así debe verlo el resto.

¿Cuántas vidas tiene un ser humano? ¿Cuántas naves quemamos en el transcurso de nuestra existencia? No importa quién lo decida. A veces es el capitán del barco. Otras es el confín de un viaje lo que reporta la extinción de lo vivido hasta ese momento. Siempre es el fuego el elemento que baila sobre lo que ya no puede ser, siempre es la braza que entibia la noche de cenizas, siempre es la llama la que ilumina los pasos vacilantes del nuevo inicio. Cuando el espíritu cambia de estado, es el calor lo que lo entibia, quema, gesta y abraza.

Y si hay quién sabe de extinciones, esa es Juliana. Su voz canta aun cuando se pierde la armonía. Desde el mismo instante de su nacimiento, dicen, que crepita los días, que cuando el viento se arremolina destruye y ama con una intensidad suprema y aún, dicen también, que es tierna y tibia como un ángel que pueda caminar por el cielo y el infierno. A veces, cuando todo lo pierde, porque entiende que los aires deben cambiar de rumbo, es maestra en reconocer la vida nueva que llega a sus bordes. Es maestra de lo inmediato y de lo desconocido. Y graba a fuego las instancias de su vida, tal vez, porque sabe que es hija de la memoria y piensa, todavía arrastrada hacia la costa, piensa, que no va a estar el hombre que la llevó al nuevo mundo. Tal vez si se dejase envolver por el océano hasta los confines de su hondura, podría silenciar el dolor de la muerte a bordo. Pero los hombres la alzan al bote y la llevan con ellos hasta la orilla.

Única mujer sin el hombre que supo de su gitanería, de su voluntad de amar, del sueño que por Ventura había soñado. El nuevo mundo no le promete ahora más que el punto de llegada y furias intermitentes, entre el dolor y la desgracia. Camina hasta esa costa interminable amparada por dos hombres de la tripulación. Y al llegar, corre en la oscuridad, hasta el arenal elevado y se vacía de llanto.

Al bajar del bote, aún mareada por el agua que ha tragado, se apresura a tocar su muñeca izquierda y tiene alivio al sentir el peso húmedo del cordón. Ventura se lo ató la mañana, antes de morir, con una sonrisa, sin explicación. "Para que no te pierdas",

le dijo. Ahora, con la muñeca aún mojada, con los dedos entumecidos, toca los nudos y comprende: no la perdió el mar. El cordón la sostuvo. Lo aprieta hasta que los nudos le marcan la piel. No lo mira. No ahora. Pero no lo suelta.

Cansada se tira entre dunas que la protegen del viento, no como quién se exilia en la blandura de esa madre infinita, no. Tampoco como quién busca un resguardo.

No como quien busca un refugio, sino como quien necesita abrazar el suelo. Siente la arena en los labios, en los párpados, en las manos abiertas. La prueba sin querer: un gusto a piedra y sal. La arena la sostiene. No la mece como el mar, no la lleva a ningún lado. Solo está. Es la primera vez que está en el nuevo mundo. El mundo que su cuerpo empieza a conocer.

Se extiende por tiempo prolongado, hasta que finalmente, ve como esos hombres desconocidos hacen arder los maderos.

Entre todos los muertos de la peste, fue su muerto al mar.

¿Cuántas vidas tiene una mujer? ¿Cuántas naves quemadas en el transcurso de su existencia? La niña que había vivido en el calor del mundo. Los cuerpos solitarios del hospicio después de la muerte de su padre. La fuente de la juventud. Los años de la peste en que la parca se disfrazó de carnavales y entre todas, esa vida, la de ella María Juliana de las Virtudes Plaza, la Mora, unida a Ventura del Corazón de Jesús Gonsalves, el Lusitano.

Porque ya nada piensa sobre sus vidas anteriores, ni de la plaza de Granada dónde la encontraron huérfana, ni del monasterio, ni de su vida gitana, ni la peste, solamente recuerda el día en que Ventura la tomó en sus brazos tan fuerte. Con la intensidad del amor que viene de épocas anteriores a encarnarse en vidas nuevas. ¡Ay! Nada alcanzaba entonces para expresar el movimiento de sus deseos. Ni las palabras dulces, ni el corazón ardiente, ni el cuerpo que buscaba ese otro cuerpo. No alcanzaban las noches ni las musas, ni los vientos para tanta pasión, para tanto de ese amor que se acuñaba en futuros y bondades tales, que ni los tormentos de la vida pobre, ni las desancladas acciones de sus seres imperfectos los enfrian.

-¡Ay! Maldita peste que te llevo Ventura mío. Mi amor que no tengo consuelo de tanta novedad sin vos.

Y así grita recién llegada al nuevo mundo entre arenas y vientos. De sus primeras vidas conoce las geometrías y los astros.

Alza la cabeza y mira el cielo. Busca las estrellas que su padre le enseñó a nombrar, y aunque reconoce la constelación de Centauro, hay cuatro estrellas en su costado que... no deberían estar tan brillantes, ni formar esa figura tan extraña.

Las conocidas "Guardas" de las que hablaban los navegantes no están en su mapa mental. Las estrellas que ve, tan nítidas y bajas, no se corresponden con nada de lo que sabe. La Vía Láctea se extiende como un río de leche sobre su cabeza, pero es un río sin nombre, sin mapa, sin manos que lo hayan trazado.

Cierra los ojos. Los vuelve a abrir. El cielo no cambia. Lo único que reconoce es que *nada* reconoce. El cielo que mira es otro cielo. El mismo que ha estado viendo desde que cruzaron el ecuador, pero ahora, desde tierra firme, se siente más extraño, más definitivo. Tiene que aprender a leerlo de nuevo.

Sin pensarlo siquiera gira la cabeza al cielo y entonces se da cuenta que se han vaciado todos sus conocimientos porque el cielo que mira es otro cielo. Cada noche durante el trayecto iba a cubierta a observar el cambio en su curvatura. Y al fin en nuevo mundo, se estremece pensando si en esas tierras de otro cielo, habrá uno o dos soles, o ninguno que caliente el próximo día.

Los náufragos se esmeran en hacer crepitar las yesqueras más secas y los fuegos se encienden y allá bajo la duna dónde se ha echado, ve crecer la luz en la orilla, ya no del barco encendido de breas, ya no de inciensos y peste.

¡Ay que no!, piensa. Que en este nuevo mundo la noche no dure más de la cuenta. Que, si el cielo es distinto, que no falte el sol, que no hay regreso fácil a las tierras perdidas. Mira hacia el cielo y sin añoranza de otros territorios -porque ya no hay territorio al que volver- baja sus ojos ámbar en la penumbra. Humilde por su estrecha relación con todo lo que es ancho y magnífico y porque entiende que es otra potestad la que escribe desde lo profundo estas distintas geometrías. Ya tan dormidos los recuerdos de la infancia, de su padre, de los Sabeos y de sus enseñanzas. Tan lejana le parece aquella niña llamada Radka, llena de alegría. Abatida por el cansancio de la oscura noche en el oscuro océano, caída al fin sin su Ventura en esa playa, límite de todo lo conocido. Lejana del padre Julián que la bautizó con su cristiano nombre,

lejana de Yehudá que entre gitanos le enseñó a curar. Tan lejana de todas sus vidas anteriores... Y solo pensaba en él, en los viñedos, en las semillas y tacos que cargo Ventura en el barco para los vinos del nuevo mundo, al que nunca llegó.

Ni falta que harán -pensó-si en este cielo que es otro, no llegara a existir el sol.

No profería estas palabras por no saber que en toda la tierra el día y la noche son una constante. Ni tampoco porque no supiera de los caminos del astro. Era la oscuridad del alma la que hablaba.

No más carentes de todo futuro están los hombres sin barco, secando con fuegos y aceites las maderas húmedas que los trajo a esa playa. Miran las lenguas de la fogata bailar imprudentes frente a las desdichas traídas desde el viaje. Ni la danza animada del fuego en movimiento, ni las partículas incandescentes pueden encender sus cabezas cansadas de remos y desdicha. Presos en la oscuridad de la materia son espíritus sin destino, en el borde de lo desconocido. Han visto el viaje de la desgracia sucumbir en esa orilla. En menos, ya contando con los dedos los hombres, sin carga de llegada, solo les queda avanzar la noche o el día sin fin. Sin soñar quizás en algún lusitano vergel que los recoja, ni en un camino que los lleve, bien de vuelta o bien a dónde otros hombres han hecho sus comienzos y regresos. Las chispas confundidas en la materia oscura de la noche se arremolinan y serpentean en el viento de la costa. Ni siquiera el capitán puede expresar palabra. La llegada transcurre en el más absoluto silencio, en la más intensa quietud, en el contundente abandono en que los sumen las furias vividas. Dormir, solo dormir queda, que ni siquiera se trata de esperar la aventura prometida. Se fugan de si, entregados a la tierra ignota, como recién nacidos.

¿En qué momento el hombre brilla con sus desencantos? ¿De cuantas Odiseas se hace la historia del mundo? Cuatro hombres y una mujer lejana, tirados en las playas del continente de tardío conocimiento, escriben un relato mudo y perdido, distante de las gestas de viaje y de los bergantines victoriosos de los reinos de Europa. Porque ellos son semillas aventadas por los vientos marinos, que, si crecen, tendrán que morir con escasa raíz.

Otro bote se aproxima a la costa a distancia, al sur. De lejos ella los ve llegar y percibe a tres hombres y a las dos mujeres de los cuatro brazos, que Ventura traía para los viñedos. El corazón se agita al ver las blancuras de Amaral y Caterina llegar a la orilla. Las mujeres de los dos hombres que llegaron al puerto, llegan a esas playas con el